

I

El puerto de Alicante parecía un hormiguero que alguien hubiera pateado con furia. Los soldados republicanos en desbandada intentaban una huida desesperada de la manera más segura posible, embarcando en buques de diferentes nacionalidades que también se veían amenazados por la aviación fascista. El capitán del *Neuquén* había visto tanta gente desesperada en el muelle que optó por retrasar la partida y que así pudiera embarcar el mayor número de viajeros.

Los fugitivos albergaban en su alma la noche más negra. El barco argentino *Neuquén* parecía, por el exceso de tonelaje, que en algunas de las sacudidas provocadas por las grandes olas, fuera a desaparecer en el fondo del mar con aquellas personas que apenas tenían aliento para proseguir en otro lugar una vida de incertidumbre, llena de heridas abiertas, imposibles de cicatrizar; los recuerdos eran amargos y de difícil olvido. Sebastián Herrando había luchado en el V cuerpo de ejército, ahora iba en cubierta y no se arrepentía de encontrarse allí. Había tanta carga de humanidad humillada en la bodega, y era tan desagradable y fuerte el olor, que optó por pasar la fría noche a la intemperie. Los retretes estaban atascados, llenos de orines y de excrementos. Los soldados salían

de allí tapándose las narices y tosiendo al borde del vómito. Los que no podían contenerse preferían hacer sus necesidades, con diarreas inacabables, cogidos a la maroma de la nave dando el culo a la mar. A causa de su debilidad muchos de ellos caían al agua. Tenían que lanzar rápidamente los salvavidas por encima de las cabezas de la multitud que se asomaba gritando y señalando con los brazos el lugar donde se habían hundido. La mayoría fueron salvados, a otros se los tragó el mar.

Sebastián estaba acostumbrado a las madrugadas de escarcha del terrible y caótico frente de Teruel. En aquel momento se quedó como el hielo, la mirada se le volvió turbia, y evocó el amanecer de finales de marzo terriblemente frío y los almendros en flor congelados. Sólo tres días antes de embarcarse, Gavarón, un motorista de enlace del Estado Mayor perteneciente a la Unidad de Carabineros de Federica Montseny, encontró a su grupo por casualidad. Siempre tenía noticias de lo que ocurría en los pueblos, que iban cayendo devastados en manos de las tropas franquistas. Gavarón era de un pueblo vecino. Sebastián enseguida lo reconoció, a pesar del casco, las gafas y el pañuelo en el cuello. Aquel joven no contaba más de dieciocho años. Había recorrido casi todos los frentes durante la contienda y muchas veces también había hecho de mensajero, avisando a los habitantes de los pueblos de cuándo iba a producirse un eminente bombardeo enemigo, para que la población civil se escondiera en posibles refugios seguros. Iba montado en una Harley Davidson con sidecar, que en aquél momento se hallaba ocupado por un anciano envuelto con una bufanda roída, y un saco rústico que le cubría las rodillas. Gavarón vestía totalmente de cuero, con

unas espectaculares polainas y un *naranjero** cruzado en la espalda; contrastaba de forma surrealista con su andrajoso acompañante, que parecía dormitar sin querer enterarse de la realidad.

—No podía dejarlo en la acera frente a su casa destruida —dijo sin que ningún soldado del grupo le hubiera preguntado.

Cuando les notificó a Sebastián y a su hermano Javier la tragedia familiar, éste último se derrumbó y, días después, en el puerto de Alicante, desfallecido y con la mirada perdida, se suicidó. El motorista pronunció el nombre de Justo Vendrell, como el principal responsable de la muerte de sus padres; ese nombre y apellido quedarían en la mente de Sebastián como un estigma mezclado con un sentimiento profundo de odio. Después Gavarón se despidió del grupo de combatientes, arrancó la moto dando marcha atrás rozando con su casco las hojas de los almendros. La pesada maquina salió traqueteando por un camino estrecho con un destino tan incierto como el del resto de aquellos soldados.

Sebastián estaba ahora allí, en la cubierta del buque, pensando que no le quedaba nada en España. Ni siquiera había podido enterrar a sus muertos. La costa iba desdibujándose poco a poco en la lejanía. Las imágenes de las batallas perdidas le dolieron al recordarlas de nuevo. Miró a su alrededor: soldados de diferentes cuerpos del ejército escondían sus rostros demacrados y hambrientos entre los cuellos altos de los capotes largos, grasientos y desgastados. Ahora también rugían las tripas; unos momentos antes con

* Fusil ametrallador

retortijones intermitentes, y ahora escociéndoles como si hubiesen derramado sobre ellas una palangana de agua hirviendo. Pensó que se le estaban pegando por el efecto del hambre. Ya no recordaba cuándo comió por última vez como era debido, “como Dios manda”. Dios, uno de los grandes pretextos de aquella maldita guerra fratricida.

Por lo menos, la temida aviación alemana no apareció. La suerte en aquellas horas era decisiva. Si se hubieran encontrado con alguna escuadrilla de *Stukes* no hubieran podido ofrecer resistencia. De pronto, el barco pareció inclinarse a babor peligrosamente. Muchos de los que se encontraban a estribor resbalaron perdiendo el equilibrio, algunos soldados aún soltaron algunas carcajadas con cierta dosis de amargura.

—Creo que las pasaremos bien putas —sentenció un hombre que no parecía pertenecer al ejercito y que iba envuelto en una manta desgastada, como roída por un batallón de ratas.

Aquellas palabras no obtuvieron respuesta. Sebastián pensó que peor hubiera sido quedarse en la playa de Alicante, a expensas de la furia que comportaba la venganza fascista. Cerró los ojos una vez recobrada la posición vertical. Su rostro era una máscara indescifrable, en sus prematuras arrugas se dibujaba el sufrimiento de los últimos meses. Acumulaba los recuerdos más salvajes, en los que los hombres se habían vuelto fieras. No podía olvidar a los amigos muertos en mil escaramuzas, en los enfrentamientos y, por fin, en la retirada. Volvió a revivir en su memoria cansada, sin poder evitarlo, las imágenes angustiosas que se le representaban inmediatas, haciéndole sufrir de nuevo.

Recordó un lugar en Fayón, durante la batalla del Ebro y aquel frío que le había paralizado los músculos y la sangre. Los compañeros que manejaban tres ametralladoras polacas fueron destrozados por un obús de cañón de gran calibre disparado desde la otra orilla. Por unos momentos creyó que los músculos le iban a reventar, que la sangre que le salpicaba era la suya. Sus tímpanos parecían estar junto a enormes campanas que provocaban un sonido agudo incesante. De manera instintiva se tiró o cayó —no lo recordaba muy bien— al amplio río; tropezó con unos soldados que flotaban, pero que no se movían. Se hundió por el peso del equipo. No parecía tener voluntad de agarrarse a la hierba mojada y fría como cuchillos verdosos que besaba el agua helada. Una mano anónima tiró de él como si fuese un tronco de árbol a la deriva y lo dejó en un desnivel de tierra, como si de una pequeña isla se tratara, agujereada por la metralla que aún humeaba en el barro abierto. En aquel tramo del río el agua corría casi como el viento, bajaba rojiza, pintada con sangre joven que goteaba despiadada sin poder taponar la herida.

Nunca supo con certeza cuántos días estuvo inconsciente, lo despertó una claridad dorada, y por un instante creyó que estaba muerto, que había fallecido en el río. Un contraluz estalló a través de sus pupilas, de sus párpados pegados llenos de legañas. Su cerebro estaba repleto de colores, como si se encontrara en un calidoscópico paraíso. Extrañamente no sentía dolor.

Un alboroto cortó su evocación. Un guardia de asalto cayó sobre unos compañeros, como si hubiera sido atravesado por un rayo; parecía tratarse de un ataque cardíaco. Se estiró, dando la impresión de que había crecido un palmo. Quedó rígido como una lanza y murió en el acto. Uno de los soldados

le buscó el pulso, pero ya no lo encontró; se le había escapado raudo, frente al Estrecho de Gibraltar, a bordo del barco argentino *Neuquén*. Los compañeros le cerraron los ojos espantados que parecían mirar con sorpresa cristalina. Con una bufanda le taparon el rostro. Aquellos hombres estaban acostumbrados a ver la cara de esa *señora* que había hecho estragos en los campos de España. No podían hacer nada por él, ni siquiera rezar, porque no tenían esa costumbre. Mientras tanto, el sol también iba muriendo detrás de las montañas andaluzas y el azul del cielo se volvía turbio como si una mano invisible lo hubiera empañado. Uno de los guardias de asalto registró los bolsillos del difunto delante de las miradas compasivas de los que formaban una especie de círculo cercano a la barandilla de la nave. Trajeron una manta gris que olía a mil sudores. El que había registrado el cadáver mantenía en sus manos un reloj dorado, una cartera de piel y un papel que un día fue blanco, con unas letras que parecían escritas precipitadamente y que sólo Sebastián se atrevió a leer. Era una dirección fácil de memorizar: Calle del Mar, 25, 1°, Montevideo. Informaron al capitán del carguero. Era un marinero de cincuenta años con un bigote de gaucho y bastantes quilos encima. Cuando estuvo cerca del grupo que rodeaba el cadáver dijo con voz de cazalla mezclada con la ronquera provocada por el viento de los mares: “Descúbranle el rostro.”

El soldado que sostenía las pertenencias del muerto le retiró la bufanda tirando de ella con cuidado, como si se la arrancara del rostro. Todos notaron la rapidez con la que la tonalidad de la piel del cadáver había cambiado, ahora se mostraba como del color del limón.